

El *ouroboros* de Cien años de soledad como metonimia del eterno retorno

Liesder Mayea Rodríguez
University of Redlands
USA

Ponencia presentada en el XL Congreso Internacional de Literatura y Estudios Hispánicos,
XL CILH – Virtual (10/24/25 - 10/25/25)

El *ouroboros* de Cien años de soledad como metonimia del eterno retorno

En las obras de Federico Nietzsche (1844-1900) *La gaya ciencia* de 1882 y *Así habló Zaratustra* (1883-1885) se pone de manifiesto la idea del eterno retorno no solo como una nueva metafísica del tiempo, sino que los paradigmas de esta nueva forma de entender el tiempo y el lugar de los seres humanos en el cosmos, necesariamente crea otra forma de entender la ética humana. En esencia, el tiempo en la obra de Nietzsche, a diferencia de la tradición judeocristiana e islámica, se presenta como un ciclo que se repite infinitamente, sin principio ni fin, y donde la presencia de Dios se hace redundante. Esta redefinición o manera de percibir la realidad puede ser explicada simplemente si se tiene en cuenta que tradicionalmente en el occidente, el tiempo se percibe de una forma lineal. En esta última, los eventos del cosmos tienen un principio y un fin, o citando la lógica clásica de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), una causa inicial y un orden que conlleva necesariamente a una causa sin causa o “movedor inmóvil,” como lo explica en su *Suma teológica* (1265-1274). Así pues, los eventos históricos del cosmos comienzan y terminan para dar paso a otros eventos que, aunque pueden y son causados por otros fenómenos o fuerzas, no se repiten nunca de la misma manera, ya que estos ocupan otro espacio y tiempo. Por ende, la vida humana como evento cosmológico, bajo la teoría lineal del tiempo, comienza y termina como cualquier otro. Este concepto, aparte de ser mucho más evidente, también puede ser equívoco, ya que la percepción lineal del tiempo también puede entenderse como una ilusión de los sentidos que nos lleva a conclusiones erróneas. Por esta razón, el esfuerzo casi quijotesco de Nietzsche de imaginar una nueva metafísica del tiempo ilumina caminos de interpretación que proveen una

perspectiva complementaria a la crítica tradicional, particularmente en una novela tan compleja como la obra novel de García Márquez *Cien años de soledad* (1967).

Se ha escrito con anterioridad sobre el tiempo cíclico y la repetición de eventos en la novela, pero se ha analizado poco desde el punto de vista nietzscheano. Más bien, los análisis se enfocan en los estudios de Mircea Eliade y su obra *El mito del eterno retorno* (1949). En esta se analiza la historia humana y del cosmos como un proceso regenerativo, pero no necesariamente uno que se repita eternamente, de la misma manera y sin ninguna permutación. En esencia, estos ciclos regenerativos se encuentran, pero transcurren dentro de un tiempo lineal, es decir, que tienen un principio y un fin, y nunca se repiten de la misma forma. A diferencia de Eliade, la hipótesis de Nietzsche indica que todo lo que está en existencia hoy, lo ha estado ya de la misma forma en múltiples ocasiones en el pasado, y lo estará siempre en el futuro, afirmando así la idea del destino como reina imperante del reloj cosmológico, idea que como veremos, se pone de manifiesto claramente en *Cien años de soledad*.

Aunque Eliade en su obra recalca lo que se ha presentado antes, sí alude brevemente al eterno retorno nietzscheano cuando menciona:

How has man tolerated history? The answer is discernible in each individual system: His very place in the cosmic cycle --- whether the cycle be capable of repetition or not---lays upon man a certain historical destiny [...] The historical moment in its totality, however, could not avoid the destiny that was the inevitable consequence of its very position upon the descending trajectory of the cycle to which it belonged [...] For those who believe in the repetition of an entire cosmic cycle, or for those who believed only in a single cycle nearing its end, the drama of contemporary history was necessary and inevitable. (Eliade 130-132)

Eliade contempla la posibilidad de un ciclo cósmico recurrente, uno que como en la hipótesis de Nietzsche se repite infinitamente sin cambio alguno. En ambos sistemas, la idea del destino histórico se hace evidente.

La novela de Márquez hace gala ya para 1967 del concepto del eterno retorno, ambos en el sentido que presenta Nietzsche, y el que presenta Eliade, y ya desde 1970, a solo tres años de la publicación de la novela, la crítica Olga Carreras-González en su tesis doctoral *Macondo en la obra de Gabriel García Márquez: Caracteres y significación* explica que “ese eterno

retorno, ese repetirse de errores y dolores en una humanidad que no aprende jamás la lección eterna de la vida, es el que más contribuye a fijar el carácter mítico de Macondo” (Carreras-González 43). Otra vez, Carreras-González se refiere en esta cita al ciclo regenerativo de la vida macondiana y de la familia Buendía dentro de este espacio, siguiendo así la hipótesis de Eliade. De la misma manera, para 1972, en su obra *Claves simbólicas de García Márquez* la crítica Graciela Maturo alude a la presencia de la cosmología hindú, egipcia y babilónica al establecer una relación entre “la repetición cíclica de las edades, con sus sucesivos diluvios y conflagraciones” (Maturo 153) presente en la mitología de estas civilizaciones, con los eventos que transcurren en la novela.

Sería tentador pensar que el tiempo nietzscheano, o por lo menos la hipótesis que presenta en *Así habló Zaratustra* conlleva a una perspectiva nihilista y absurda de la realidad, sin embargo, tanto en la filosofía de Nietzsche como en *Cien años de soledad*, esta perspectiva del tiempo, en vez de crear un sentido irónico y absurdo, conlleva a uno esperanzador. Es en esta esperanza además que se encuentra la ética detrás de la realidad explorada por Nietzsche, ya que, si el cosmos está destinado a repetirse una y otra vez de la misma manera, donde cada átomo debe seguir un orden predeterminado, entonces cada acción debe ejecutarse con este conocimiento en mente, ya que después de ejecutada, esta se repite infinitamente y es irrevocable. Como se puede apreciar, esto crea un sistema de valores donde el ser humano entiende que sus actos no solo tienen una repercusión en el prójimo o su sociedad, sino que cada acción toma dimensiones cósmicas. Por otra parte, también se está consciente de que después de la vida hay un regreso al principio, y este proceso se repite infinitamente, evocando así el concepto de vida eterna presente en la epistemología judeocristiana e islámica, pero bajo diferentes paradigmas.

Hay evidencia en el texto de que el mundo macondiano de *Cien años de soledad* no es la primera versión de su cosmos, y que, en efecto, el tiempo circular y el eterno retorno nietzscheano se ponen de manifiesto como motivo recurrente. Una de estas evidencias la constituye el fenómeno de la profecía. Como lo explica Ailén Rocío Saavedra en su estudio “Fluir del tiempo y percepción en *Cien años de soledad*,” “sobre estas temporalidades tenemos el correlato de profecía (para el mito) y memoria (para la historia) que se entrelazan y superponen” (3). Aquí la profecía no se entiende como el poder mítico de predecir el futuro como se entiende tradicionalmente, sino como la habilidad de ver hacia un pasado que se convertirá en futuro. En esencia, el arte de predecir el futuro no es sino la habilidad de recordar el

pasado. Este pasado es a su vez grabado en los pergaminos que sirven como prueba de que este mundo macondiano no es su primera versión como lo explica el narrador cuando indica:

Macondo ya era un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugado por la cólera del huracán bíblico, cuando Aureliano saltó once páginas para no perder el tiempo en hechos demasiado conocidos, y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado. (Márquez 398)

La escritura se convierte en un ‘espejo hablado’ de lo que le ocurrirá a Aureliano, quien llega a entender que nunca saldrá de ese instante, ya que los pergaminos dictan que no lo hará. En este sentido, como se ha mencionado, la profecía que se encuentra en los pergaminos hace del destino una fuerza inescapable, pero también indica que esta secuencia de eventos se repite una y otra vez en el pasado. Además, el personaje aquí se da cuenta de que es una creación literaria que llega a la vida mediante la escritura, y que al culminar esta, también lo hace su mundo. Este hecho evoca al *Quijote* de 1615, y el momento en el que el personaje cervantino se da cuenta que hay ya un libro publicado sobre sus hazañas, y donde la aparente libertad con la que actuaba se pone en duda cuando cada uno de sus actos queda plasmado en un manuscrito. Existen además otros ejemplos en *Cien años de soledad* de profecía que indican esta circularidad y el destino, entre estas tenemos el afán de Melquiades y José Arcadio de descifrar las predicciones de Nostradamus.

Melquiades profundizó en las interpretaciones de Nostradamus. Estaba hasta muy tarde, asfixiándose dentro de su descolorido chaleco de terciopelo, garrapateando papeles con sus minúsculas manos de gorrión, cuyas sortijas habían perdido la lumbre de otra época. Una noche creyó encontrar una predicción sobre el futuro de Macondo. Sería una ciudad luminosa, con grandes casas de vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de los Buendía. (62)

Desde entonces se aprecia el destino catastrófico de los Buendía, aunque se sabe además que este no es el primer indicio de dicho destino ya que antes José Arcadio había

soñado de cómo Macondo tendría “paredes de espejos.” (35) Si se entiende el acto de profecía no como una proyección hacia un futuro, sino una recapitulación del pasado que se repite una y otra vez, entonces la presencia del tiempo circular nietzscheano se pone de evidencia y se vuelve inevitable dentro del cosmos de *Cien años*.

Algunas de estas ideas se ponen ya de manifiesto en una tesis con fuertes puntos de confluencia con la presente como lo es “Tiempo cíclico e instante en *Cien años de soledad*,” (2011) por el filósofo Carlos Másmela Arroyave, donde el crítico expone que “el tiempo desplegado en los ‘cien años de soledad’ es un tiempo que retorna periódicamente, en el que todo se repite” (196) y que “la tensa expectativa del desenlace de Macondo recae en el último de los Buendía, pues le corresponde la tarea de descifrar lo manuscrito por Melquiades, cuya clave oculta el secreto de su propio destino” (197.) Así, pues, como afirma Másmela, el tiempo kairológico en *Cien años* es inexistente, pues no hay esperanza de que los acontecimientos puedan desarrollarse de una forma inesperada o diferente, con permutaciones que benefician al fin a los Buendía y al universo mimético de la novela, sino que esta culmina, necesariamente, siempre en la destrucción, siguiendo así los paradigmas del tiempo cíclico nietzscheano, aunque es raro que no haya mención a Nietzsche en su estudio. Donde sí existe una mención al eterno retorno nietzscheano es en el estudio “La circularidad y la repetición en *Cien años de soledad*,” (2008) donde se argumenta que hay en la figura de Melquiades una “representación del ciclo nietzscheano.” En efecto, tenemos en Melquiades una especie de transgresor cósmico que aparece una y otra vez en el universo macondiano, pero solo como un augurio del apocalipsis que se aproxima. En este caso, se entiende a Macondo como una especie de *ouroboros*, cuya existencia y destrucción alimenta su propia creación, pero todo, otra vez por medio de la escritura, mostrando así nuevamente la faceta del ciclo nietzscheano que atrapa el pasado, el presente y el futuro de Macondo en los pergaminos de Melquiades siendo descifrados por Aureliano Babilonia, quien tiene una especie de *anagnórisis* al darse cuenta del destino inevitable plasmado en la lectura de sí mismo.

Así pues, el personaje de Melquiades representa la idea del tiempo circular, a diferencia del tiempo aparentemente lineal de Macondo, donde el pueblo tiene su génesis y destrucción, como lo expresa Ada María Teja en su estudio “El tiempo en: *Cien años de soledad*” de 1974, mostrando así la ilusión del tiempo macondiano, atrapado en un ciclo del cual la mayor parte de sus personajes no están conscientes. La crítica menciona que “su tiempo [el de Melquiades] no tiene linealidad hacia el futuro, sino es circular, puede regresar al origen, puede

concentrar antes y después en un solo momento” (28). Esto es evidencia además de una especie de ironía dramática, donde el lector se da cuenta de aspectos de una realidad que la mayor parte de los personajes ignoran, excepto que esta realidad ha sido plasmada en el manuscrito de Melquiades, y como la historia de Macondo se vuelve su futuro, tenemos en los manuscritos indescifrables de Melquiades una historia de Macondo que sella su destino. Según Ada Maria Teja, “la inmortalidad de Melquiades son sus manuscritos – que contienen la historia de Macondo y de la estirpe de sus fundadores” (34). A un nivel diegético esto parece, en términos de Gerard Genette, una especie de metalepsis, donde estos pergaminos de Melquiades se encuentran a un nivel superior en la narración al resto de la historia, poniendo así un elemento metaléptico que contiene ya la historia y el futuro de Macondo y los Buendía en dichos pergaminos, los cuales, aunque existen en el texto, no son accesibles a la mayoría debido al lenguaje que no es descifrado hasta el final de la obra. Se ve, por ejemplo, que Aureliano comienza a tratar de descifrar los pergaminos, pero desiste debido al sanscrito en el que está escrito y a las distracciones mundanas.

Fascinado por el descubrimiento de la amistad, aturdido por los hechizos de un mundo que le había sido vedado por la mezquindad de Fernanda, Aureliano abandonó el escrutinio de los pergaminos, precisamente cuando empezaban a revelársele como predicciones en versos cifrados... Tratando de sobreponerse a la turbación, él atrapó la voz que se le fugaba, la vida que se le iba, la memoria que se le convertía en un pólipo petrificado, y le habló del destino levítico del sánscrito, de la posibilidad científica de ver el futuro transparentado en el tiempo como se ve a contraluz lo escrito en el reverso de un papel, de la necesidad de cifrar las predicciones para que no se derrotaran a sí mismas... (Márquez 375-376)

Irónicamente, es Aureliano, quien mientras descifra los pergaminos, da fin a la obra, al mundo de Macondo, a la familia Buendía, y a sí mismo. El acto de lectura se presenta, así como el *ouroboros*, como un acto de creación y destrucción al mismo tiempo. Se puede decir que este es sin duda un conocimiento que llega muy tarde... o más bien, uno que llega exactamente cuando debe llegar para cumplir al pie de la letra lo que dictan las escrituras sanscritas.

Esto no significa que *Cien años* o la hipótesis del tiempo circular carezca de un sentido esperanzador, o de un sentido ético profundo. Hay por otro lado una moraleja evidente tanto en la obra de Nietzsche como en la de Márquez, ya que, si los actos humanos se repiten de la misma forma constantemente, y si estos actos toman dimensiones cósmicas por el hecho de que suceden infinitamente una y otra vez, entonces, se debe actuar pensando que cada uno de los actos humanos se repite infinitamente y quedan plasmados por la eternidad. En este concepto, el ser humano se convierte en el/la creador/a de su propio infierno o paraíso, y la existencia de un ser superior que decide sobre el bienestar humano durante o después de la vida se vuelve redundante. Dice Nietzsche en su aforismo 341 del *Alegre saber* o *La gaja ciencia* de 1882, donde por primera vez el filósofo introduce su visión del eterno retorno:

What, if some day or night a demon were to steal after you into your loneliest loneliness and say to you: "This life as you now live it and have lived it, you will have to live once more and innumerable times more; and there will be nothing new in it, but every pain and every joy and every thought and sigh and everything unutterably small or great in your life will have to return to you, all in the same succession and sequence—even this spider and this moonlight between the trees, and even this moment and I myself. The eternal hourglass of existence is turned upside down again and again, and you with it, speck of dust!... Would you not throw yourself down and gnash your teeth and curse the demon who spoke thus? Or have you once experienced a tremendous moment when you would have answered him: 'You are a god and never have I heard anything more divine.' If this thought gained possession of you, it would change you as you are or perhaps crush you. The question in each and everything, 'Do you desire this once more and innumerable times more?' would lie upon your actions as the greatest weight. Or how well disposed would you have to become to yourself and to life? (273-274)

Aquí Nietzsche reflexiona cuando cuestiona en su hipótesis final, sobre 'el peso de las acciones' en la vida humana cuando estas toman dimensiones cósmicas. Esta reflexión necesariamente invita al lector a entender sus actos usando nuevos paradigmas para redefinir la ética humana. Como argumenta Alessandra Tanesini en su estudio "Nietzsche on the Diachronic Will and the Problem of Morality," "when one wills the eternal return of one's

actions what one is willing is the ability to command now all of one's future and past actions so that they come to acquire an integrated meaning by becoming a whole temporarily unified activity.” (661) Por ende, el concepto del ‘eterno retorno’ como lo entiende Nietzsche no crea un sentido nihilista de la vida ni la realidad humana, sino lo contrario, ya que pone énfasis en el ‘peso de las acciones’ humanas y les da un valor trascendental. En este sentido, la visión nietzscheana de la ética, como bien lo han expuesto ya varios críticos, emerge precisamente de la idea de esta recurrencia de eventos y de actos y el sentido unificador que tienen cuando estas se encuentran y se ‘pesan’ bajo diferentes paradigmas cronológicos y epistemológicos. Sin embargo, se pone énfasis en el acto presente como ese que define el pasado y el futuro y toma suma importancia en esta serie infinita de momentos. Por ende, si se entiende este concepto en el universo de *Cien años*, los cien años toman un significado más bien simbólico, ya que estos se repiten una y otra vez, y el momento realmente importante es el presente de cada uno de sus personajes y sus acciones en ese instante. Como afirma Eric Oger en su artículo “The Eternal Return as Crucial Test,” “paradoxically the fiction of an eternal return of an act in the future exclusively has the role to draw the attention of the actor to the enormous importance of his act here and now.” (4) Este hecho se manifiesta en cada personaje de *Cien años*, quizás con la excepción de Aureliano Babilonia, quien pasa gran parte del tiempo, y ciertamente hasta el final de su vida, tratando de descifrar los manuscritos de Melquíades, poniendo así énfasis en el futuro. Paradójicamente, son sus actos presentes los que en realidad importan, ya que el momento que verdaderamente define su futuro, es el presente que culmina la obra mediante la lectura de la destrucción final. En este caso, el acto de lectura puede cumplir dos propósitos, el primero como se ha dicho antes, sirve como un *ouroboros* donde la palabra escrita toma el poder de creación y destrucción en la mimesis de la obra, mientras que también cumple el propósito de atraer a los lectores reales de la novela y hacerlos parte la historia, así como los pergaminos de Melquíades lo hacen con Aureliano. Así pues, mientras Macondo y los Buendía toman vida y dejan de existir por medio de los pergaminos de Melquíades y la lectura de Aureliano, así también lo hace la novela por medio de la lectura de la misma, enfatizando así el acto de creación que simboliza la lectura y el hecho de que paradójicamente son sus lectores los que una y otra vez repiten ese ciclo, trayendo vida perpetua al texto.

Esta visión presente en *Cien años de soledad*, así como en Nietzsche, hace que el lector cuestione las acciones de los personajes, quienes en su mayoría son ignorantes del ciclo

diacrónico en el que se encuentran. Siguiendo los paradigmas clásicos, la mayor parte de los personajes sufren una *hamartia* o error de juicio que lleva al decaimiento de la estirpe de los Buendía, y finalmente su destrucción, pero hay que entender que cada acción es necesaria para cumplir con el ciclo, y que otra vez, dichos personajes están obligados por el destino a actuar como lo hacen, aunque a veces estos puedan ser juzgados poco éticos por los parámetros de la ética convencional. Uno de estos ejemplos es el matrimonio o el deseo sexual entre primos o familiares como se expone en la relación de José Arcadio y Úrsula, lo cual es considerado tabú en algunas tradiciones, pero practicado ampliamente por las casas monárquicas europeas, y por la realeza incaica. Es de esta relación, además, que emerge toda la familia Buendía, y además se le da continuidad y color a la obra con una serie de personajes cuya diversidad hace el mundo de la novela mucho más rico e interesante. Se debe pues cuestionar si en realidad el juicio ético convencional debe usarse para criticar los personajes de la novela, o si es que el comportamiento de estos constituye una crítica del autor hacia tales convenciones.

De cualquier forma, es difícil juzgar los personajes de la obra basado en sus acciones, porque sus actos son un producto de la ignorancia del ciclo diacrónico en que se encuentran. Es imposible para los personajes de la obra conocer sus actos plenamente, ya que ignoran que estos han quedado plasmados por la eternidad en el *ouroboros* macondiano. Por ende, se debe cuestionar hasta qué punto estos actúan libremente y además hasta qué punto pueden ser juzgados éticamente. Esto no significa, sin embargo, que la obra en sí carezca de un sentido ético profundo como se ha mencionado anteriormente, y este sentido lo obtiene mediante el espejo que Márquez crea en su obra, donde sus lectores pueden retratar el mundo que los rodea, ya que *Cien años* constituye una visión del ser humano con todas sus virtudes y sus faltas.

Más allá de la perspectiva ética de cada personaje, existe en la novela una moraleja difícil de evadir, que tiene en su centro metafísico el ciclo nietzscheano, y esta tiene que ver con los errores de cada personaje y a la destrucción que estas acciones conllevan. Por otra parte, mientras Melquiades obtiene su inmortalidad por medio de sus pergaminos, los personajes la obtienen por medio de la novela misma y el ciclo de la lectura, pero esta vez haciendo del lector real una parte activa de la novela, tal y como Aureliano lo es para los Buendía. El lector se vuelve, entonces, una especie de ‘movedor inmóvil’ cuyo acto lleva a la vida el universo de la novela. Este es en esencia el mayor héroe de la obra de Márquez, y su autor lo

entiende de sobra. Teniendo esto en cuenta, se aprecia que, por un lado, la mimesis de la obra entretiene a sus lectores, mostrando los problemas de los Buendía y el mundo de Macondo, pero, por otro lado, instruye, siguiendo así la fórmula horaciana de *utile et dulce*, y haciendo a sus lectores una parte intrínseca de la novela y de la visión ética que esta transmite. Así también la enseñanza moral de la obra no solo existe en su mimesis, sino que se filtra al mundo real, haciendo al lector cuestionar aspectos de su propia existencia, pero siempre con un sentido esperanzador, así como el Sísifo de Camus encuentra su felicidad y esperanza no tanto en el fin de sus actos, sino en el proceso. Por ende, el presente de las acciones es el momento realmente importante, ya que es el único momento y lo que define la eternidad en el ciclo nietzscheano, y el futuro y pasado de Macondo, que en realidad son uno.

© Liesder Mayea Rodríguez

Bibliografía

- Carreras-González, Olga. *Macondo en la obra de Gabriel García Márquez: Caracteres y significación*. Dissertation. University of California at Riverside, 1970.
- Eliade, Mircea. *The Myth of the Eternal Return or Cosmos and History*. Trans. Willard R. Trask. Bollingen Series XLVI. Princeton University Press. Princeton, N.J. 1971.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Ed. Diana. Editorial Planeta Mexicana. Ciudad de México, MX, 2017.
- “La circularidad y la repetición en *Cien años de soledad*.” *Viandante. Publicación del grupo de estudios de literatura colombiana*. Diciembre, 2008. <http://leerliteraturacolombiana.blogspot.com/2008/09/la-circularidad-y-la-repeticin-en-cien.html>
- Maturo, Graciela. *Claves simbólicas de García Márquez*. 2da. Edición. Fernando García Cambeiro. Avenida Mayo 560, Buenos Aires, Argentina, 1977.
- Másmela Arroyave, Carlos. “Tiempo cíclico e instante en *Cien años de soledad*.” *Estudios filosóficos*. N°44. Universidad de Antioquia, 2011. pp. 193-203.
- Nietzsche, Frederick. *The Gay Science*. Trans. Walter Kaufmann. Vintage Books. New York, 1974.
- Oger, Eric. “The Eternal Return as Crucial Test.” *Journal of Nietzsche Studies*. No. 14. Penn State University Press, 1997. pp. 1-18.
- Saavedra, Ailén Rocío. “Fluir del tiempo y percepción en *Cien años de soledad*.” [https://www.academia.edu/12073717/Fluir del tiempo y percepci%C3%B3n en Cien a%C3%B1os de soledad de Gabriel Garc%C3%ADa M%C3%A1rquez](https://www.academia.edu/12073717/Fluir_del_tiempo_y_percepci%C3%B3n_en_Cien_a%C3%B1os_de_soledad_de_Gabriel_Garc%C3%ADa_M%C3%A1rquez)
- Tanesini, Alessandra. “Nietzsche on the Diachronic Will and the Problem of Morality.” *European Journal of Philosophy*. Vol 23:3, 2012. pp. 652-675.
- Teja, Ada María. “El tiempo en: *Cien años de soledad*.” *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana*. Vol 3. No. 3, 1974. pp. 26-39.